

Por Carlos Ruiz Villasuso

LEER UNA NOTICIA



El toro de autor

Lo último que se aconseja ser, es ser ganadero. Uno era ganadero por nombre, por respeto adquirido, por posición, por afición y por negocio o cierta rentabilidad. En 2014 a un ganadero se le para por la calle, cerveza en mano, para el reproche o incluso el insulto, terminada una mala corrida. De un ganadero escribimos sardina por echar un toro flaco o buey por echar uno manso. A un ganadero se le dicen perrerías cuando la corrida es flaca, chica, cuando pierde entidad de bravura. Al contrario, tampoco solemos laurear su colaboración a una tarde éxito. Hay una especie de querencia contra el toro en el habla diaria, en la casuística diaria del toreo. Pero pocas veces razonamos las causas de la realidad del toro.

No le decimos al público que poner, manejar y preparar bien a un toro para una corrida tiene unos costes de unos 3.000 euros o más y que el toro, desde hace mucho tiempo, se paga en plaza a un precio irrisorio. No le abrimos los ojos al público para decirles que un ganadero, salvo excepciones, no ingresa lo suficiente como para darle a la crianza de su toro lo que éste necesita. Conozco ganaderos que rumian la cebada de la depresión y la frustración y hasta de la impotencia por no poder pagar aquello que necesita su becerro, su vaca, su toro. Pero no se dice nada y se le exige que sea bien comido el toro, bien manejado, bien saneado, bien puesto, escrupulosamente seleccionado. A precio de vulgaridad estabulada.

Esta realidad es la gran falta de respeto a la que hemos y estamos sometiendo al toro bravo. El toro es el mendigo de una Fiesta que se hizo para que fuera el rey. Hemos hecho una Fiesta de nombres y hombres y no una fiesta de toros, siendo la figura, el buen torero, una collera inseparable del toro bravo y bueno. Las dos patas de una Fiesta incomparable. Hay tanta demagogia, tanta media verdad y mentira entera sobre el toro, pero, sobre todo, hay tanto silencio, que ya ni clama al cielo porque ni sus instituciones ni sus criadores tienen fuerza para poder clamar al cielo.



Esta es una Fiesta en la que, además, se ha usado el toro bajo el guión cainita de hermano contra hermano, fabricando dos bandos esperpénticos y vergonzantes, el torista y el torerista, cuando sólo hay un toro: el bravo y el que embiste

En manos de un mercado que, ciertamente, ellos ayudaron a crear, el toro vive a expensas de un azar de futuro aún imprevisible. Primero, hace años, le exigieron el peso y el tamaño que no tenían, por naturaleza, la mayoría de las ganaderías. Ahora, con el tamaño en desuso y en casquería despreciable, no hay trabajo para regresarle su naturalidad y sólo se le muestra el camino hacia delante que consiste en que sean

ganaderías que puedan lidiar las figuras y entrar en el precio justo. No existe la lealtad para con el toro pues, incluso o sobre todo quienes dicen defenderlo, son los coletazos de la ideología que los sacó de tipo y los mandó al ostracismo.

Esta es una Fiesta en la que, además, se ha usado el toro bajo el guión cainita de hermano contra hermano, fabricando dos bandos esperpénticos y vergonzantes, el torista y el torerista, cuando sólo hay un toro: el bravo y el que embiste. No hemos sido capaces de programar y hacer convivir una variedad sana de espectáculos donde quepan muchos toros. Cada vez que un "torista" tumba a un caballo, no se alaba su bravura, sino que usa como pedrada contra el toro torerista. Y al revés. Ponemos la pureza en un bando, hacemos bravuras oficiales, ninguneamos al ganadero que está maniatado porque no ingresa lo suficiente como para manejar su ganadería como cree que debe manejarla.

Tenemos, en tipo, tamaño, bravura, no el toro que quiere cada ganadero, sino el toro al que puede aspirar a mantener el ganadero. No es el toro bravo

de hoy un toro de autor sino la autoría de las circunstancias. Y éstas son las cuentas de balance, el hasta dónde voy a poder seguir, lo que puedo gastar, el precio del cereal que no puedo pagar, lo que debo eliminar para que no coma, como leen, para que no coma, porque cuesta dinero darles de comer.

Por eso no aconsejo ser ganadero. No mientras no reflexionemos que el toro de hoy lo hacemos todos, lo estamos criando todos, lo estamos seleccionando todos. Todos somos ganaderos de las ganaderías, los toreros, las figuras, los que no lo son, los presidentes, los veterinarios, la prensa, el aficionado. No creo que haya un solo ganadero que se permita el lujo de aislarse de los extra juicios y prejuicios y criar el toro en el tipo, tamaño, sanidad, bravura que su conciencia, su fe, su creencia, son concepto del toro actual, le dicte. No lo creo. Ni por romanticismo. Porque el romanticismo tiene el límite que marcan los números rojos de una cuenta bancaria.

Todos los días, todas las entradas

San Isidro

91 296 15 75 - 645 95 06 57
635 55 66 21

tauroentrada@mundotoro.com

Tu servicio de venta en
tauroentrada.com